

## Expulsaron a Alcestes



En la escuela pasó una cosa terrible: ¡expulsaron a Alcestes! Todo sucedió durante el segundo recreo de la mañana.

Estábamos todos jugando tranquilamente quemados. Ya saben cómo se juega: el que tiene el balón intenta darle un balonazo a un compañero y entonces el compañero llora y le toca tirar a él. Es genial. Los únicos que no jugaban eran Godofredo, que faltó hoy, Agnan, que siempre está repasando durante el recreo, y Alcestes, que estaba comiéndose su última rebanada de pan con mantequilla y mermelada de la mañana. Alcestes se guarda siempre la rebanada más grande para el segundo recreo, que es un poco más largo que los otros. El que tiraba era Eudes, y eso no pasa casi nunca porque, como es muy fuerte, siempre procuramos no darle

con el balón; y es que hace un montón de daño cuando le toca tirar a él. Bueno, pues Eudes apuntó a Clotario, que se tiró al suelo con las manos en la cabeza, de forma que el balón le pasó por encima y, ¡pum!, le dio en la espalda a Alcestes, que soltó su rebanada y se le cayó al suelo por el lado de la mermelada. Eso no le gustó para nada a Alcestes, que se puso rojo y empezó a dar alaridos, y entonces el Caldo —nuestro prefecto— vino corriendo a ver qué pasaba. Lo que no vio fue la rebanada, así que la pisó, se resbaló y estuvo a punto de caerse. Se quedó muy sorprendido el Caldo cuando vio que tenía el zapato lleno de mermelada. Alcestes se puso como una fiera, empezó a agitar los brazos y gritó:

—¡Maldita sea! ¿Es que no puede ver dónde pone los pies? ¡Ya está bien, caray!

Alcestes estaba de lo más furioso. La verdad es que no puede uno andarse con bromas con su comida, sobre todo cuando se trata de la rebanada del segundo recreo. Pero al Caldo tampoco le hizo mucha gracia el asunto.

—Míreme bien a los ojos —le dijo a Alcestes—. ¿Qué es lo que dijo usted?

—Dije que maldita sea. ¡No tiene usted por qué pisar mis rebanadas de pan! —gritó Alcestes.

Entonces el Caldo agarró a Alcestes por el brazo y se lo llevó. El Caldo hacía chuic chuic al caminar debido a toda la mermelada que llevaba en el pie.

Enseguida el señor Mouchabière tocó la campana del fin del recreo. El señor Mouchabière es un prefecto nuevo y todavía no hemos tenido tiempo de encontrarle un apodo gracioso. Entramos al salón y Alcestes seguía sin volver. La profe estaba extrañada.

—Pero ¿dónde se metió Alcestes? —nos preguntó.

Íbamos todos a contestar cuando se abrió la puerta del salón y entró el director con Alcestes y el Caldo.

—¡De pie! —dijo la profe.

—¡Siéntense! —dijo el director.

El director no parecía de muy buen humor, ni tampoco el Caldo. Alcestes tenía su cachetona cara toda llena de lágrimas y daba sorbetones.

—Hijos míos —dijo el director—, el comportamiento de este compañero suyo con el Cal... con el señor Dubon ha sido una grosería incalificable. No

encuentro la menor excusa para semejante falta de respeto hacia un superior que además es una persona mayor. Por consiguiente, su compañero queda expulsado. Es evidente que no se puso a pensar en el inmenso disgusto que va a dar a sus padres. Porque, si en el futuro no se enmienda, acabará en la cárcel, que es el destino inevitable de todos los ignorantes. ¡Que esto les sirva de ejemplo a todos ustedes!

Y entonces el director le dijo a Alcestes que recogiera sus cosas, y Alcestes fue llorando a recogerlas y luego se fue con el director y con el Caldo.



Nos quedamos todos muy tristes. La profe también.

—Intentaré arreglarlo —nos prometió.

¡Hay que ver lo buena onda que es la profe a veces, de verdad!

Cuando salimos de la escuela, vimos a Alcestes, que nos esperaba en la esquina de enfrente

comiéndose un panqué de chocolate. Cuando nos acercamos a él, tenía un aspecto de lo más triste.

—¿A poco todavía no te regresas a tu casa? —le pregunté.

—Pues no —dijo Alcestes—, pero voy a tener que ir porque es la hora de comer. Apuesto a que mamá y papá me dejan sin postre cuando les cuente todo. ¡Bah! Les juro que hay días...

Y Alcestes se marchó arrastrando los pies y masticando despacito. Casi daba la impresión de que se esforzaba en comer. ¡Pobre Alcestes! Estábamos súper preocupados por él.

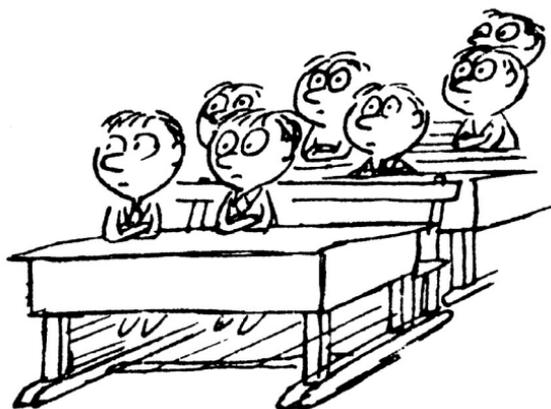
Luego, por la tarde, vimos llegar a la escuela a la mamá de Alcestes, con cara de pocas pulgas y con Alcestes de la mano. Entraron a la oficina del director, y el Caldo también.

Y al poco rato, cuando estábamos en clase, el director entró con Alcestes, que estaba de lo más sonriente.

—¡De pie! —ordenó la profe.

—¡Siéntense! —ordenó el director.

Y entonces nos explicó que había decidido darle a Alcestes otra oportunidad. Dijo que lo hacía por los papás de nuestro compañero, que estaban tris-



tísimos pensando en que su hijo podría convertirse en un ignorante y acabar en la cárcel.

—Su compañero le ofreció disculpas al señor Dubon, que tuvo la bondad de aceptarlas —dijo el director—. Espero que su compañero sepa agradecer esta gran indulgencia y que la lección recibida haya dado sus frutos y le sirva de advertencia para que, en el futuro, sepa redimir con su conducta la grave falta que hoy ha cometido. ¿De acuerdo?

—Pues... sí —contestó Alcestes.

El director lo miró, abrió la boca, dio un suspiro y se fue.

Nosotros estábamos súper contentos. Nos pusimos a hablar todos a la vez, pero la profe dio un golpe en su mesa con la regla y dijo:

—Siéntense todos. Alcestes, ve a tu lugar y pór-  
tate bien. Clotario, sal al pizarrón del pasillo.

Cuando tocaron la campana para el recreo ba-  
jamos todos menos Clotario, que estaba castigado,  
como siempre que le preguntan. En el patio, mien-  
tras Alcestes se comía su sándwich de queso, le  
preguntamos qué había pasado en la oficina del di-  
rector, y entonces llegó el Caldo.

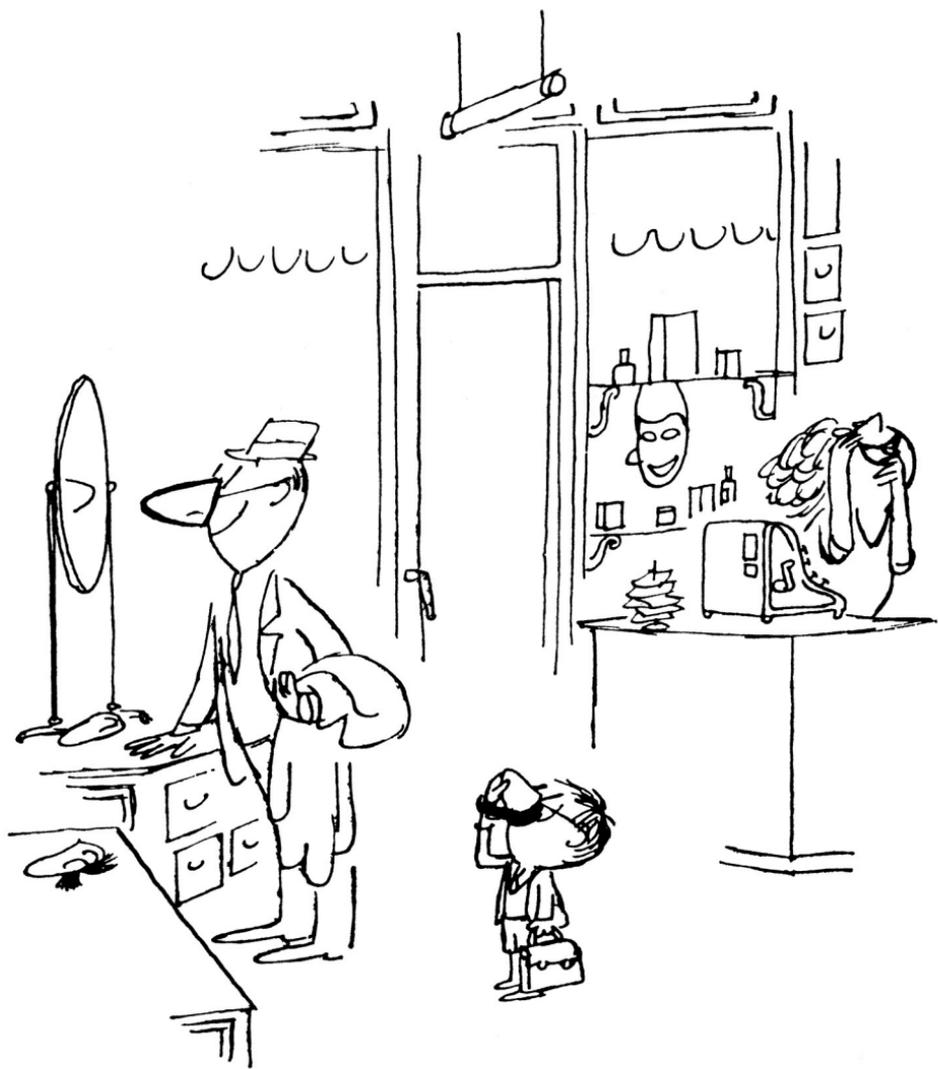
—Vamos, vamos —dijo—, dejen en paz a su  
compañero. El incidente de esta mañana ya está  
saldado. ¡Vayan a jugar! ¡Vamos!

Y agarró del brazo a Majencio, y Majencio empu-  
jó a Alcestes y el sándwich de queso se le cayó al  
suelo.

Entonces Alcestes miró al Caldo, se puso todo  
rojo, empezó a agitar los brazos y gritó:

—¡Maldita sea! ¡Es increíble! ¡Otra vez me hizo  
lo mismo! ¡Es que es usted incorregible, de verdad!





## La nariz de tito Eugenio



Hoy fue papá quien me llevó a la escuela después de comer. A mí me encanta que papá me acompañe porque muchas veces me da dinero para que me compre cosas. Y esta vez no fue la excepción. Pasamos frente a la juguetería y vi en el aparador unas cuantas narices de cartón, de esas que son para ponérselas en la cara y hacer reír a los amigos.

—¡Papá! —exclamé—. ¡Cómprame una nariz!

Papá dijo que no, que yo no necesitaba ninguna nariz, pero yo le enseñé una grande, roja, y le insistí:

—¡Sí! ¡Ándale, papá! ¡Cómprame ésa; es como la nariz de tito Eugenio!

Tito Eugenio es el hermano de papá. Es gordo, cuenta chistes y se ríe todo el tiempo. No lo vemos mucho porque viaja muy lejos para vender cosas:

a Lyon, a Clermont-Ferrand, a Saint-Étienne. Papá se echó a reír.

—Es verdad —dijo—. Se parece a la nariz de Eugenio, pero es más pequeña. La próxima vez que venga a casa me la pondré.

Así que entramos a la juguetería, compramos la nariz y me la puse en la cara. Se sujeta con una liga. Luego papá se la puso en la cara, la dependienta se la puso en la suya y nos miramos todos en un espejo y nos reímos un montón. ¡Digan lo que quieran, pero mi papá es de lo más genial!

Cuando me dejó en la puerta de la escuela, papá me dijo:

—Haz el favor de portarte bien y procura no meterte en líos con la nariz de tito Eugenio.

Yo se lo prometí y me metí a la escuela.

Vi que los compañeros estaban en el patio y me puse la nariz para que la vieran, y nos reímos mucho todos.

—Parecen las narices de mi tía Clara —dijo Majencio.

—No —dije yo—. Son las de mi tío Eugenio, ese que es explorador.

—¿Me prestas la nariz? —me pidió Eudes.

—No —le contesté—. ¡Si quieres una nariz, ve y pídele a tu papá que te compre una!

—¡Pues si no me prestas tu cochina nariz, le daré un trancazo! —me dijo Eudes, que es muy fuerte, y, ¡plaf!, le dio un puñetazo a la nariz de tito Eugenio.

A mí no me dolió nada, pero me preocupaba que hubiera podido romper la nariz de tito Eugenio, así que me la guardé en el bolsillo y le di una patada a Eudes. Estábamos allí, pegándonos tranquilamente, con los compañeros mirándonos, cuando llegó el Caldo corriendo a todo lo que daba. El Caldo es nuestro prefecto y algún día les contaré por qué le pusimos así.

—A ver —dijo el Caldo—, ¿qué está pasando aquí?

—¡Fue Eudes! —dije yo—. ¡Le dio un puñetazo a mi nariz y me la rompió!

El Caldo abrió mucho los ojos, se agachó para poner su cara a la altura de la mía y me dijo:

—Déjeme ver eso...

Y entonces saqué del bolsillo la nariz de tito Eugenio y se la enseñé. No sé bien por qué, pero el caso es que eso de ver la nariz de tito Eugenio puso al Caldo de un humor espantoso.